

Un mundo sin nosotros

LORENZO SILVA



De un tiempo a esta parte, se multiplican los mensajes que apuntan a que los seres humanos, que en otro tiempo fuimos la medida de todas las cosas —por voluntad divina, para quienes creen en un ser superior, o por humanismo, para quienes no cuentan con los dioses—, hemos pasado a ser una mercancía excedentaria y desfasada susceptible de amortización. La fiebre de la mal llamada IA, o inteligencia artificial, cuyo éxito se mide en la cantidad de trabajadores de cuyo salario y cuyos achaques permite prescindir para sustituirlos por agentes algorítmicos que trabajan sólo por la energía que consumen, nunca enferman y menos aún piensan en montar un sindicato —por ahora—, es sólo una de esas formas de devaluación de lo humano.

Podrían añadirse otros fenómenos, como la cada vez más extendida reticencia a la procreación, la sustitución de afectos humanos por mascotas o compañías virtuales o la beligerancia contra los movimientos migratorios. Antes a las personas se las consideraba activos valiosos; hoy son, para muchos, un pasivo, un lastre, un gasto inasumible para la familia o el Estado.

Qué duda cabe: somos muchísimos, ocho mil trescientos millones ya, y al ritmo al que consumimos los recursos escasos del planeta, sobre todo en

los países desarrollados, en la paz y en las guerras devastadoras que seguimos sosteniendo, casi se nos podría equiparar a una plaga. Hemos roto los equilibrios que nuestros antepasados mantenían con su entorno, y también con otros seres humanos; por ejemplo, entre las generaciones.

Sobre esta premisa, resulta inquietante la fábula que en su reciente novela 'Las fronteras' nos plantea la escritora asturiana Carolina Sarmiento. En un mundo arrasado por las guerras y la sobreexplotación, un gobierno mundial adopta una resolución drástica: despoblar zonas enteras del planeta para abandonarlas a la naturaleza, confiando en que esta las reconquiste y borre las huellas de la indeseable presencia humana. El protagonista es un guarda que debe asegurar el vaciamiento de una de las zonas designadas, tras la muerte de los que aún viven allí. Su cometido es impedir que procreen, que salgan del perímetro autorizado, que cacen. Tan sólo pueden subsistir, hasta que se extingan.

Excombatiente de varias guerras, se aplica convencido a la erradicación de sus semejantes. Tampoco vacila en acelerarla. «Si algo bueno hemos dejado los humanos es la música —dice—. Lo demás son huesos sobre huesos». Una estremecedora alegoría de nuestro tiempo; la cruda visión de un mundo sin nosotros.

EN DIAGONAL
ROSA BELMONTE

Respetar el respeto



Es difícil que alguien, ex presidente del Gobierno o no, pueda ser tan fatuo como Aznar. Pues a eso ha llegado Zapatero, el consultor. El Consejo de Estado, por lo que dice, no le llenaba, prefería hacer otras cosas. Y ahora libera presos políticos. ¿Pero quién encarceló a los presos? Quien tiene poder para liberarlos. A Zapatero no le importa decir que Jorge y Delcy Rodríguez, que no serán Maduro, pero mandaban en la maldad, son sus amigos. Tampoco reconocer su querencia

por Puigdemont. Quería saber Alsina ayer de dónde nacía su respeto por Puigdemont. «¡Respete que le tenga respeto! La democracia la mantiene el perdón. La amnistía es un reconocimiento de errores por ambas partes. Esa es la verdad». Resulta fascinante esta reivindicación de la «reconciliación» y el «perdón», cuando fue él quien perpetró la ley de memoria histórica, hoy llamada democrática. Zapatero, que es la zona cero del Sanchismo, se cree Gandhi y Adenauer a la vez.

El mundo no estaba preparado, nosotros sí

Reconocer implica actuar. Implica empresas que abran sus puertas porque es rentable, sí, pero sobre todo porque es justo

VÍCTOR MARTÍNEZ LÓPEZ
E ISABEL REVERTE VIDAL

Presidente de Assido y presidenta del Comité de Representantes de Assido



Hay una pregunta que conviene hacerse cada 21 de marzo con honestidad: ¿cuánto ha cambiado el mundo para las personas con síndrome de Down, y cuánto queda todavía por cambiar? La respuesta sincera es que han cambiado muchas cosas, y que aún quedan demasiadas. Hace 45 años, un grupo de familias en Murcia decidió que la sociedad no podía seguir mirando hacia otro lado. No tenían recursos, ni experiencia institucional, ni demasiados aliados. Tenían hijos a los que querían ver crecer con dignidad, y eso fue suficiente. Así nació Assido, pionera en toda la península, en un momento en el que el mundo, sencillamente, no estaba preparado. Pero ellas sí lo estaban.

Ese gesto fundacional no fue solo un acto de amor —que también lo fue—, sino un acto político en el mejor sentido de la palabra: la decisión de no aceptar el relato dominante sobre lo que una persona con síndrome de Down podía o no podía ser. Y ese acto tuvo consecuencias. Hoy muchas personas con síndrome de Down leen, trabajan, toman decisiones sobre su propia vida, participan en sus comunidades. Nada de esto fue gratuito ni inevitable: fue el resultado de décadas de perseve-

rancia colectiva. Pero sería deshonesto detenerse aquí. La campaña de Down España este año nos interpela directamente con el lema #NosoyYoeresTú. Es una frase que merece ser pensada despacio. No dice que seamos todos iguales, sino que la humanidad esencial que compartimos es más profunda que cualquier diferencia genética o funcional. Esa es la base sobre la que se construye la inclusión real: no la lástima, no la condescendencia, sino el reconocimiento. Y reconocer implica actuar. Implica empresas que abran sus puertas porque es rentable, sí, pero sobre todo porque es justo. Implica sistemas educativos que dejen de tratar la inclusión como una excepción y la entiendan como un principio. Implica administraciones que conviertan derechos en recursos reales.

Por eso, no basta con hablar sobre las personas con síndrome de Down. Es imprescindible escuchar a las personas con síndrome de Down. Mi nombre es Isabel Reverte y tengo síndrome de Down, pero es importante decir que esto no me define. Soy una persona como cualquier otra, con mis intereses, mis decisiones y mi propia forma de vivir. Como todo el mundo, tengo cosas que me gustan, cosas que me cuestan y sue-

Una sociedad que incluye es una sociedad mejor. No queremos lástima, queremos oportunidades

ños que quiero alcanzar. Algunos ya los he conseguido; otros siguen formando parte de mi camino. He tenido la suerte de contar con una familia que siempre me ha apoyado y con una entidad como Assido, que me ha acompañado en cada paso importante de mi vida. En la actualidad, llevo siete años trabajando como auxiliar administrativa y casi tres años viviendo de forma independiente en un piso compartido con mis compañeras. Son logros que para mí significan mucho, porque representan esfuerzo, confianza y, sobre todo, oportunidades. No hace tantos años, una realidad como la mía era impensable para muchas personas con síndrome de Down y sus familias. Por eso es importante recordarlo: cuando se nos ofrecen oportunidades reales, somos capaces de asumir responsabilidades, desarrollar nuestras capacidades y construir nuestro propio proyecto de vida.

Escuchar es fundamental. A mí me gusta que me pregunten qué quiero, que cuenten conmigo, porque es mi vida y soy yo quien debe tomar decisiones sobre ella. Con demasiada frecuencia, todavía se decide por nosotros sin preguntarnos. No necesitamos que hablen en nuestro lugar, sino que nos escuchen. Sí, necesitamos apoyos en algunos momentos, pero eso no significa que no seamos capaces. Para mí, el 21 de marzo es una oportunidad para recordar que estamos aquí, que tenemos derechos y que queremos formar parte de la sociedad en igualdad de condiciones. Porque una sociedad que incluye es, sencillamente, una sociedad mejor. No queremos lástima, queremos oportunidades.

CARTAS AL DIRECTOR

La apertura del Arco Noroeste

El mayor o menor nivel de bienestar económico, la competitividad y la localización de empresas se hallan vinculados en gran parte a la creación y desarrollo de infraestructuras. Un efecto económico de hartazgo potencial y valor que redundará directamente, además, en la generación de empleo y de calidad de vida del entorno acampa y prospera merced a un despliegue de infraestructuras viarias de notable calado donde la lo-

gística juega otro factor clave a favor de la citada competitividad empresarial.

Hablamos de un ciclo expansivo resultante de la disponibilidad de carreteras de calidad que permita que las empresas se abastezcan rápidamente de materias primas y con la misma inmediatez pongan a disposición del consumidor su producción, con el consiguiente ahorro en costes económicos y logísticos para toda la industria y su acceso más rápido a los mercados. Y, asimismo, una óptima red de carreteras representa una más ade-

cuada movilidad a los trabajadores. En definitiva, la existencia de buenas conexiones por carretera sería una de las premisas fundamentales a la hora de elegir una empresa su lugar para instalarse e implantarse, así como un indicador igualmente favorable para la creación de puestos de trabajo en sectores de negocio auxiliar como restaurantes, estaciones de servicio y de demás índole hostelera y turística.

El impacto de unas modernas infraestructuras de carretera se traduce nítidamente, repito, en el nivel de calidad de vida de un